

sí mismo: «soy celoso», para tener el derecho de martirizar a la mujer que ama.

Estas tres meditaciones dedicadas a los celos han sido escritas para demostrar la siguiente verdad: Si bien hay celos que son una prueba de amor, los hay también que evidencian lo contrario. Además, ni estas páginas, ni comedias como el *Ami des Remmes* o la *Visite de Noces*, impedirán a las mujeres, mientras el mundo sea mundo, de considerar los celos como una prueba irrefutable de cariño; a los jurados, de absolver a los asesinos que por las pasiones amorosas se presentan como verdugos, y a la opinión, de extasiarse lo mismo ante los Otelos de contrabando que en presencia de los verdaderos. Esto me permite concluir diciendo:

LX

En el amor, las acciones no evidencian el fondo del corazón. La tontería sentimental ha hecho cometer más homicidios y más suicidios que la verdadera pasión. Por otra parte, las palabras nada prueban tampoco; de modo que en esto, lo mismo que en religión, lo más prudente es creer, y esta prudencia es una locura.



MEDITACIÓN XIV

DE LA RUPTURA

I

ANTES

Tengo en mi cuarto de la calle de Varennes, cuarto que tiene vistas a un jardín y que mi Coleta deshonraba en otros tiempos con su presencia, un grupo del escultor Rodin, un fragmento separado de su *Puerta del Infierno*, que no miro nunca sin que me produzca una indescriptible melancolía. Ese trozo de mármol es el símbolo de las luchas terribles que acompañan a la conclusión del amor... La mujer está desnuda y echada boca abajo; hace un supremo esfuerzo para librarse del abrazo del hombre que, desnudo también, se halla tendido sobre ella, espalda con espalda.

El esfuerzo de la mujer es grandísimo, porque así lo indican sus apretados labios, la tensión de sus piernas y la crispatura de sus manos. El también quisiera separar su cuerpo del cuerpo de aquella mujer; pero es esclavo de aquel hermoso pecho que sus ma-

nos frenéticamente aprietan, y nunca, nunca, podrá desasirse de ella. El rostro del hombre expresa un profundísimo dolor. ¡Cuánto se odian aquellos seres! ¡Casi tanto como se han amado!

Y que se han querido y querido hasta la muerte, se adivina, ya por la consunción de sus cuerpos, ya por el estremecimiento de sus miembros, y además, es seguro que no huirían el uno del otro de un modo tan feroz, si no se hubiesen enlazado en extremadas caricias. Y ahora, aun cuando sus miradas no se encuentran como antes, aun cuando los labios del uno no se posan en los del otro, aunque sus almas se maldicen, la cadena de la lujuria los tiene todavía presos entre sus inquebrantables eslabones. ¡Ah! Qué bien ha sabido dar el escultor tonos de espantosa poesía a ese vulgar último acto del drama del amor, que se llama ruptura. Recuerdo el daño que durante meses y meses me produjo la vista de aquel grupo cuando no me decidía a romper con mi amada, atacado de esa mortal indecisión del alma que se halla vencida por el cuerpo. Luego, para permanecer fiel a la consigna, procuraba analizarme y escribía sobre aquel grupo poemas en prosa, disertaciones y escenas de comedias, que después he entregado a las llamas al ver que no hacían más que comentar esta idea:

LXI

Amarse con un mismo amor, es para dos amantes la primera dicha; la segunda consiste en dejar de amar a un mismo tiempo.

* * *

¡A un mismo tiempo! Cuando vuestra mano se retire, que la de vuestra amante lo haga también. Cuando vuestros ojos dejen traslucir ante ella el deseo de estar en otro sitio, deseo que debe indicarle la saciedad de vuestra alma, que los suyos aparezcan distraídos por igual motivo. Cuando sus caricias os cansen, que ella no apetezca las vuestras, porque si no es un suplicio que os sentencia a sufrir en una habitación parisién, el tormento de ese infierno del Dante, ilustrado por el cincel de Rodín.

Pero este «al mismo tiempo» exige, para realizarse, una ausencia total de amor propio en el amor, y como esto supone una grandeza casi heroica del alma, sucede que novecientas noventa y nueve veces de mil, toda pasión amorosa acaba con una ruptura tan mentirosa como mezquina. Ninguno de ellos se aviene a que le deje el otro, y como hay siempre uno que es el primero en manifestar el deseo de separación, la ruptura degenera en una odiosa batalla íntima. Esto fué lo que hizo a Andrés Mareuil, el más reflexivo de los calaveras que he conocido, emitir el profundo concepto de que «*el arte de amar* verdaderamente moderno, se llamará *el arte de la ruptura...*»

Y la prueba de que Mareuil tenía razón al querer escribir un tratado sobre esta materia, está, en que la ruptura amigable que deja después de ella relaciones amistosas, es tan rara, como la amistad de un literato sin envidia o como una sesión de Cortes sin palabras disonantes. Sea en la alta sociedad o en el *demi-monde*, entre los bastidores de un teatro o en un salón de la mesocracia, este quinto acto de la comedia amorosa es siempre amargo.

Lo peor del caso es que, por lo general, dura él solo, tanto como los otro cuatro. Dos amantes que han pasado en amorosa armonía seis semanas o dos meses, tardan dos años en separarse, y no es el amor propio el único culpable de la dificultad que presenta la ruptura. Si la pasión no llevara consigo más que el deseo de satisfacer dos voluptuosidades y el contacto de dos epidermis, de que habla Chamfort, cada uno de los amantes buscaría pronto otras aventuras; pero el demonio de la vanidad se mezcla en ello y es muy difícil desatar el nudo corredizo que tan bien sabe éste echar al cuello de sus víctimas.

Además de los lazos de la vanidad hay otros muchos y diferentes que unen a los dos cómplices y que es preciso romper. El amor, tratándose de amantes parisienses, no existe más que en una décima parte del tiempo que duran las relaciones, las otras nueve corresponden al ocio, a la comodidad, al interés y á la costumbre. Esta es la red de cuyas mallas es difícil escapar, a no ser que se roan, como el ratón de la fábula, las roía hilo a hilo...

* * *

Primer hilo: el empleo del tiempo.—¿Cuál será la mujer cuyo gran trabajo, tan pronto como se deja amar, no consista en apoderarse, con cualquier pretexto, si no de toda la vida, por lo menos de todo el tiempo de que dispone su amante? ¿Y cuál será el hombre que no goce consagrando esas horas, minuto por minuto, a la que ama... mientras la ama? Si pertenece al *demi-monde*, os suplicará hoy que co-

máis con ella, mañana que la acompañéis al teatro, pasado mañana al campo, después que vayáis a buscarla al domicilio de una amiga, luego que paséis a su casa o ella a la vuestra. Tiene bastante buen tacto para no obligaros a prodigarla demasiado; pero de un modo o de otro, se arregla de tal manera, que invertiréis a su lado el tiempo de que podéis disponer.

Esto os parece delicioso, como el amante de una actriz las cita en el teatro. Este individuo, ya lo habréis observado, adquiere la grata costumbre de presentarse en el cuarto de su amada todas las noches en que ella trabaja en la escena, trata con confianza a las que visten a las actrices, escucha las quejas de los actores descontentos de los papeles que se les han repartido, los tramollistas le saludan, y es tal el interés que se toma por todo, que hasta llega a inquirir a qué cantidad asciende la entrada y cuando pregunta: «¿Cuánto se ha recaudado hoy...?» se halla tan conmovido como el empresario. Sufre, sin quejarse, los interminables entreactos, sentado en una butaca de juncos, mientras que su amiga se pinta la cara delante del espejo...; pero su recompensa consiste en la especie de embriaguez que le produce el bajar con ella del brazo y montar en su coche delante de los curiosos que esperan siempre la salida de los artistas.

A la misma hora, el amante que tiene relaciones en la alta sociedad, acecha el momento en que pueda hablar con su amada en un ángulo del salón, mientras la música del baile deja oír sus acordes. Ella le había dicho: «¿Irás, no es verdad...?» y él ha ido para no obtener de aquella beldad más que una mirada,

dos palabras o la vista de sus hermosos hombros desnudos cuando danza entre los brazos de sus parejas. Pero es suya, lo sabe y esto es lo bastante para que le satisfaga el poco tiempo que le concede y no se aburra en aquel salón... Mas después, una noche, sucede que a este mismo amante ya no le parece tan agradable la cita para ir a un restaurant, o al teatro, o bien a un salón convenido de antemano.

El aficionado al *demi-monde* piensa a su vez, al entrar en una confitería a encargar dulces para el palco E..., que el trato con señoras de la alta sociedad debe ofrecer muchos encantos, y el aristócrata, mientras se dejaba vestir por su ayuda de cámara, se acuerda del *demi-monde* como de un oasis de felicidad libre y de *bohemianismo* delicado; en tanto que el que frecuenta los bastidores reflexiona que es de una cruel monotonía el ir todas las noches al cuartito de la actriz a respirar allí el olor combinado de los aceites, de la mantequilla de cacao, de los polvos de arroz, del *cold-cream* y a oír los chismes, repetidos por las mismas bocas. Pero esto no será obstáculo para que dichos individuos se presenten en su puesto al día siguiente con una fisonomía que, por mucho que se componga, no engaña nunca a la mujer amada. Y entonces empieza un diálogo, cuyo tipo es éste:

LA MUJER.—¿Tenéis (o tienes) algo esta noche?

EL AMANTE (*Con tono aburrido*).—No, os aseguro (o te aseguro) que no me ocurre nada. ¿Por qué?

ELLA (*Que siente de repente despertarse el genio quisquilloso que duerme en las mejores almas de mujer*).—Si habéis venido aquí para demostrar de

este modo vuestra amabilidad, bien podíais haberos quedado en vuestra casa...

A esto sucederá una reyerta, cuya conclusión será que él pedirá perdón por haber sacrificado sus distracciones de aquella noche, al deber de galantear a su amada, y esto demuestra la justicia de la siguiente observación:

LXII

Si sacrificáis un placer a una mujer, os guardará rencor por ello y tendrá razón; porque si halláis algo agradable lejos de ella, es que ya no la amáis.

* * *

Segundo hilo: las relaciones.—Ese mismo Andrés Mareuil que se proponía con tanto afán escribir el *Arte de romper*, tenía una colección de axiomas, verdaderos o falsos, respecto a todas las categorías de mujeres. He aquí uno de ellos: «Para llegar a ser el amante de una mujer de mundo, es preciso hacerse uno también de mundo, y la más bella no vale que nos tomemos ese trabajo.» No decía bien, y diré por qué. Existe siempre un mundo al lado de una mujer, aun cuando ésta sea comparsa de uno de los peores teatros de los arrabales. Este mundo se compone para la cómica jovencilla, de su madre, de sus hermanas y de sus compañeras; para la mujer entretenida, de los amigos y amigas, y lo mismo puede decirse de las demás. Ahora bien; que queramos que no, tendremos que alternar con esa pequeña sociedad,

como no sea que nos decidamos a desterrarnos con el objeto de nuestro amor. Pero concretémonos a hablar de los casos que se presentan cotidianamente.

Vuestra amada os presenta a todas las personas que componen su mundo, y entonces empieza el pequeño trabajo, por el que os impone siempre la compañía de la persona que más confianza la inspira para vigilaros. ¡Pobrecilla! No tendríais valor para darle una negativa, cuando os dice con mucha monada la víspera de una proyectada diversión: «¿Nos llevaremos a Matilde, sí...? No es incómoda.» Y, por lo tanto, Matilde os acompaña. O bien: «Mamá estará allí... ¿No te incomodarás por eso, verdad? Mamá te quiere mucho, mucho...» Y, como es consiguiente, sonreís a la mamá. Dudo que esta imposición sea más penosa, si escogéis a vuestra amada en la categoría que proscribire la fantasía de Andrés. Pero llega una hora en que la sociedad de vuestra amante es verdaderamente insufrible para vos y se lo decís, ya porque creéis de buena fe que la amáis, ya también porque el medio en que ella vive os molesta.

Vos.—¡Ah! mi querida Fulana, no sabes cuánto me incomoda la presencia de Matilde. Siempre la tenemos al lado...

ELLA.—¿Por qué no me exiges que riña decididamente con todas mis amigas...?

Cambio de decoración, nueva escena.

Vos.—No he querido ir a comer el sábado a casa de Moraines, porque me aburro demasiado en aquella casa...

ELLA.—Es natural, prefieres pasar la noche en el

Círculo o en otro lado... Vaya, no necesitas disculparte, amigo mío... Eres libre...

Cuando una mujer pronuncia de cierto modo la frase de «eres libre», os encontráis atado de pies y manos y seguiréis tratando a Matilde, y después de haber rehusado la comida de los Moraines, iréis a pasar la velada con vuestra amante, meditando sobre el aforismo que a continuación consigno:

LXIII

Las mujeres que presentan a sus amantes uno de sus amigos, saben perfectamente que le presentan un espía; pero sucede con éste como con la guardia civil, que no se acuerda uno de ella hasta que tiene precisión de huir, y siempre es demasiado tarde.

* * *

Tercer hilo: los favores hechos.—Entended bien: Digo hechos y no recibidos, porque el hombre bastante desprendido de toda preocupación para aceptar serios favores de una amante, es un filósofo sereno a quien el pudor y la ingratitud no han detenido nunca en el camino del abandono. Hablo de ese sentimiento, menos raro de lo que se cree, que produce determinada moralidad en ciertos amores inmorales, o sea la creencia de ser útil, beneficioso y necesario a una mujer a quien no se quiere abandonar por miedo de dejarla en mala posición.

De estos casos pueden citarse muchos.

Figuraos que un individuo de treinta años, que aún tenga corazón, tiene relaciones desde los veinticinco con una mujer muy galante, y suponed que la ha, no redimido, como dirían los románticos, pero sí amado. Ella no conserva ya de su antiguo lujo más que cierta elegancia, pues hubo de abandonar esas locas prodigalidades que se pagan al contado, y que impulsan, para obtener su precio, a una prostitución clandestina y obliga a visitar a las corredoras de amor. Se ha hecho, en fin, honrada a medias. El amante que, habiendo podido atender a las necesidades de su amada, no es bastante rico para asegurarla un porvenir el día en que la deje, se la representa volviendo poco a poco a su antigua vida y bajando por esa escalera, de la que cada peldaño es una vergüenza. Titubea, pues, y vacila al pensar en dejarla, temeroso de entregar nuevamente aquella criatura, a quien sinceramente ha amado, a toda la fealdad del vicio.

Bastante he titubeado, yo que escribo estas páginas, para alejarme de Coleta. Me engañaba ella, lo sabía, ¡y con quién!; pero se recataba de mí y yo pensaba que la pasión que me tenía, porque me amaba a pesar de todo, era suficiente a detenerla antes de llegar a ser lo que ha sido más tarde. ¡Ah, míseros de nosotros! Analizaba después este sentimiento y descubría en él una curiosa mezcla de generosidad y egoísmo. Representaba yo a impulsos de mi orgullo el papel de un noble personaje, juzgándome indispensable para conservar la poquísima honra de mi infeliz amante. Pero me convencía pronto, auxiliado por la prodigiosa fatuidad propia del animal

masculino, de que su amor a mí me la hacía estimar, y como es consiguiente, sus voluptuosidades para los demás me inducían a que la despreciase. Entonces me burlaba de mí mismo, y tomando la resolución de abandonarla, me iba hasta la calle de Rivoli, en donde vivía; pero en cuanto pisaba el umbral de su cuarto, mi cariño se reproducía de tal modo, que una contrariedad sufrida por ella y de la cual me hablaba, un renglón desagradable en el último papel que había representado, una jaqueca, cualquier nimiedad, en fin, me hacía pensar: «Si la dejo, no tendrá a nadie a quien contar sus pesares.» Y permanecía a su lado. Recordando esto, me pregunto ahora formalmente si no era yo tan tonto como René de Vincy, cuando se hizo otra vez el amante de Susana Moraines, después de su ridícula farsa de suicidio. «Si la dejara—me decía para justificarse—volvería a ser de Desforges.»

Este pobre muchacho no sospechaba siquiera que Desforges, ese hábil higienista, había cedido su puesto al joven Abraham Mosé. ¿Pero qué? Atrevámonos a ser ridículos, si nos arriesgamos a la vez a ser delicados y adoptemos como verdadera esta máxima:

LXIV

Creerse beneficioso para una mujer, es, noventa y nueve veces de ciento, ser tonto y fatuo. Ciertamente; mas, ¿no es mejor hallarse comprendido en estos noventa y nueve, a fin de no ser el centésimo, que se conduce como un bribón?

* * *

Cuarto hilo: la opinión.—Sí, el amante bien quisiera romper con su amada; pero cuando piensa en las consecuencias de esa ruptura, piensa también en los comentarios que puedan hacerse. Se le figura ver el salón del Círculo y en él a los noticieros de salones entregando al pasto de los murmuradores la suya. Esta visión pertenece al hombre que ha amado en el gran mundo. Al que ama en el teatro, se le representa distintamente un palco y allí dos o tres de los más maliciosos actores o actrices, hablando de él en voz baja y burlándose. El hombre del *demi-monde*, se imagina una mesa en un restaurant, cubierta de flores, preparada para un banquete; ve en torno de ella a los vividores de uno y otro sexo discurrendo respecto a su ruptura, entre dos bocanadas de humo de cigarros rusos, y le parece oír estas frases ú otras parecidas:

—Vaya, vaya, no hay que darle vueltas, ella ha sido la que le ha dejado... Hace tiempo que ya la estaba fastidiando.

O bien:

—Ha sospechado algo. Ya era hora...

O esto otro:

—Su puesto estará ocupado muy pronto. Hace algunos meses que H ronda por ahí...

La certeza de que se pronunciarán estas o análogas palabras le aburre y permanece fiel a su amada durante algún tiempo más. ¡Dios mío! Si las mujeres que verdaderamente aman sospechasen algo de las anécdotas de salón, de cafés o de bastidores, en que van mezclados sus nombres, comprenderían también en qué miserable cosa estriba su felicidad. ¡Si lo su-

pieran!... Pues bien; si lo conocieran, amarían lo mismo, como le sucedió a la desdichada actriz Marieta, generalmente nombrada hace diez años. Acababa de llegar de Rusia, en donde había sido seducida por un compañero mío, en su viaje a San Petersburgo. Tenía ella diez y nueve años, y aun cuando hacía tres meses que estaba de vuelta en París, aquel joven no había ido a verla. La pobre mujer vivía, Dios sabe cómo, de deudas, de empeños en el Monte de Piedad y se obstinaba en permanecer fiel a su amor.

—Es muy sencillo—me decía llorando—, ve que no tengo amante, y como cree que es porque no he encontrado ninguno, se le figura que soy una necia y por eso no viene a verme.

Luego añadía:

—Demasiado sé que para que volviese, bastaría le dijese que tengo relaciones con vos o con otro cualquiera de sus amigos... Pero no, no puedo... le quiero demasiado.

* * *

Que estéis sujeto por este hilo o por cualquiera de los otros, lo cierto es que tan pronto como os dais cuenta de ello, vuestra amante comprende también que habéis notado la sujeción, y entonces empieza entre ambos la pequeña comedia que precede a la ruptura; comedia que consiste en que procuráis todas las noches dar una dentellada al susodicho hilo, que por la mañana encontráis anudado con más fuerza... Esto produce una serie de malos ratos que no pueden analizarse, porque los mil detalles de la existencia sirven de pretexto para el juego del hilo

roto y reanudado después. Esta comedia varía según el amante y según la amada. Benjamín Constant ha escrito su obra maestra para referir las peripecias de ese penoso juego, y los amantes de todas las categorías encontrarán en ese libro el minucioso estudio de su aventura, libro en que dominan algunas verdades bien conocidas, aunque poco confesadas.

LXV

Muchos amantes que no se atreven a dejar a su amada hablan de la compasión que ésta les inspira. Las mujeres, comprenden, con razón, que tal piedad es una forma refinada del más abominable egoísmo. Existe un enternecimiento por los males que se ocasiona, que constituye la más cruel de las maldades, pues está formado por la delicia de sentirse amado sin amar, delicia de la cual el hombre se disculpa consigo mismo compadeciendo a su víctima. Nada mejor se puede encontrar como hipocresía.

LXVI

Para un amante, el buscar el medio de decir, a una mujer que le ama todavía, «No te amo ya» sin hacerla sufrir, es querer poner en práctica la célebre fantasía del guillotinado por persuasión.

LXVII

Nadie ha pensado, que yo sepa, en escribir lo contrario de lo que hizo ADOLFO, es decir, la historia de una mujer que, habiendo dejado de querer a su amante, le conserva por caridad; y es porque esa mujer no existe. Su franqueza en la ruptura es verdaderamente lo que más se puede estimar en ella.

LXVIII

En amor, todo está roto desde el día en que uno de los dos amantes ha pensado en la posibilidad de la ruptura. Decirse cualquiera de ellos a sí mismos: «Cuando deje yo de amar...» es haberlo hecho ya.

LXIX

Escribamos en nuestro libro de memoria esta máxima, porque es muy propia: un amor que muere joven, es bendecido por los dioses.

LXX

Prolongar una despedida es repetirla ciento, mil, diez mil veces, y cada una de ellas nos desgarrar de nuevo el alma. En amor, como en la muerte, las agonías más cortas son las que verdaderamente se deben desear.